

Disputas entre variedades de desarrollo y el cuadrilema de la globalización

Controversies between varieties of development and the quadrilemma of globalization

Eduardo Gudynas¹

Resumen

En este capítulo se analizan las principales contradicciones a nivel global entre la crisis ecológica que enfrenta el planeta y las políticas estatales y nacionales como parte de los desafíos que implica la globalización. Estas contradicciones son discutidas a través de una revisión de los modelos y alternativas de desarrollo en el capitalismo contemporáneo, con un énfasis especial en la realidad latinoamericana.

Para ello, se realiza un análisis de algunos elementos de la información científica actual sobre los cambios climáticos y medioambientales, así como de las definiciones y decisiones políticas que se encuentran desacopladas de los desafíos planetarios. Se realiza una revisión de los modelos de gobierno y de sus políticas en materia de protección y regulación ambiental, haciendo un contraste con las dinámicas económicas centradas en el crecimiento económico y los extractivismos en América Latina. Finalmente, se realizan algunas recomendaciones y perspectivas para el desarrollo, a través de algunas experiencias alternativas a las dominantes en la actualidad.

Palabras clave: Desarrollo, globalización, extractivismo, América Latina.

Abstract

This chapter analyzes the main contradictions at a global level between, on the one hand, the ecological crisis facing the planet and, on the other, the state and national policies, as part of the challenges of globalization. These contradictions are discussed through a review of the models of and alternatives to development in contemporary capitalism, with a special emphasis on the Latin America reality.

For this purpose, an analysis is made of some elements of the current scientific information on climate and environmental changes, as well as definitions and political decisions that are decoupled from planetary challenges. A review of the government models and their policies on environmental protection and regulation is made, in contrast to the economic dynamics focused on economic growth and extractivism in Latin America. Finally, some guidelines and recommendations for development are made and some alternative experiences are highlighted vis-à-vis the currently dominant ones.

Keywords: Development, globalization, extractivism, Latin America.

En diciembre de 2015, de un lado del planeta, en París, se reunieron jefes de Estado, ministros, altos funcionarios de las Naciones Unidas, y representantes de organizaciones ciudadanas, para negociar un nuevo acuerdo sobre cambio climático. Muchos de ellos aplaudieron los resultados logrados, considerando que expresaban un avance sustancial para detener las emisiones de gases con efecto invernadero. Los medios de prensa reprodujeron los abrazos, los brindis y la emocionalidad de los discursos que celebraban lo que entendían eran medidas ambientales efectivas tomadas en el ámbito global. Esta era la cara de una gobernanza global que deseaba ser benevolente.

En ese mismo mes, pero del otro lado del planeta, en el altiplano de Bolivia, distintas comunidades se enfrentaban a la otra cara de los desarreglos ecológicos y económicos planetarios. Comunidades campesinas y pequeños agricultores y pastores contemplaban cómo se secaba hasta desaparecer el Lago Poopo, el segundo más grande de Bolivia y uno de los más importantes del continente. Aunque su superficie original era de 2 192 km², en un proceso que no se detuvo, todo el espejo de agua se perdió, con toda su fauna y flora en aquel verano (Howard, 2016). Esto fue el resultado de varios factores donde se superpusieron condiciones nacionales con otras globales, como ocurre con la minería en esa región, la que a su vez nutre las exportaciones a los mercados globales. Asoman aquí los aspectos negativos de la globalización, y en especial sus consecuencias sociales y ambientales en los países del sur.

¹ Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES), Montevideo, Uruguay. Contacto: egudynas@ambiental.net

Estos casos son usados para analizar algunos aspectos de las actuales disputadas sobre el desarrollo, en especial la brecha entre los discursos en foros internacionales y las políticas domésticas, la escasa incidencia de la información académica en la toma de decisiones políticas, las coincidencias entre distintas ideologías políticas en aspectos clave del progreso, y las condicionalidades de la globalización actual. El texto retoma, revisa y amplía ideas adelantadas en Gudynas (2016a). Ejemplos como estos sirven para señalar que los conceptos y sensibilidades del desarrollo están profundamente arraigados, y que desde allí se derivan distintas variedades de desarrollo. Esto reconfigura el marco de las alternativas hacia aquellas que estén más allá de cualquiera de las variedades de desarrollo.

La desvinculación de las aspiraciones globales y las políticas nacionales

A partir del ejemplo de Bolivia se puede abordar uno de los problemas en las concepciones de desarrollo actuales: las contradicciones entre las aspiraciones proclamadas a nivel internacional con las acciones concretas que se siguen dentro de cada país.

La desaparición del agua en el Lago Poopo no se debió al cambio climático, o al menos no exclusivamente a ese fenómeno. La información disponible indica que actuaron varios factores y por largo tiempo, tales como una apropiación intensiva del agua de la cuenca por la minería y agricultura, cambios en los regímenes de lluvias y temperatura, etc. Contribuyeron significativamente políticas ambientales inefectivas, carencias en cumplimientos de las normas, inapropiadas fiscalizaciones, una persistente falta de liderazgo político, y el desinterés de muchos sectores sociales, especialmente en las grandes ciudades, sobre la situación en esa zona del país. Todo esto a su vez bajo el contexto de demandas globales de minerales que encuentran en Bolivia la posibilidad de concretar enclaves extractivistas, que pueden operar más allá de los impactos sociales y ambientales que desencadenan. El Gobierno a su vez prioriza esas exportaciones de recursos naturales como elemento fundamental para sostener el crecimiento económico, y minimiza o incluso anula controles o exigencias ambientales y sociales que puedan poner en riesgo esas exportaciones.

Estas imbricaciones entre condiciones globales y condiciones nacionales ocurren en Bolivia como en otros proveedores de materias primas en América Latina y otros continentes. Por ejemplo, en Chile hay similares conflictos entre imperativos de exportación de recursos naturales y sus impactos locales, como los que desencadena la apropiación del agua por ciertas explotaciones agrícolas o las reacciones ante las consecuencias ambientales de la minería. Pero el caso boliviano es particularmente relevante ya que el gobierno de Evo Morales se volvió muy conocido por sus discursos radicales en favor de los derechos de una Madre Tierra a escala planetaria, y por sus críticas al capitalismo global como uno de los factores primarios en causar el cambio climático.

Sin embargo, las políticas domésticas dentro de Bolivia apuntan en sentido contrario a lo que se proclama en los foros internacionales. En efecto, sus estrategias de desarrollo descansan en la expansión de los extractivismos (en el sentido descrito en Gudynas, 2015), buscando aumentar la extracción de hidrocarburos y la ampliación de cultivos intensivos de exportación. De esta manera, hay un aumento de emisiones de origen boliviano desde sus hidrocarburos como de los cambios en el uso del suelo y pérdida de bosques, sea por la tala y en especial por incendios. Esto explica que el 81% de las emisiones invernadero bolivianas provengan de la pérdida de bosques y la agricultura, y si bien términos absolutos son pequeñas comparadas con países industrializados, la proporción *per capita* es 12.7 ton equivalentes de CO₂, lo que la ubica próxima a países como Corea del Sur o Irlanda, por encima de naciones como Alemania (10.1 ton CO₂e) y en el doble de otras, como las de Brasil.

Los discursos convencionales ponen el acento en las emisiones de gases desde fuentes como la quema de combustibles, fábricas, etc., pero en Bolivia como en otras naciones latinoamericanas, las principales fuentes ocurren en la agricultura, los bosques y otros cambios en el uso de los suelos. Es más, la estrategia de compromiso voluntario de Bolivia para reducir las emisiones de gases invernadero para el Acuerdo de París, son tan vagas que no puede haber certeza si realmente ocurrirá una reducción neta.

Por lo tanto, estamos ante uno de los gobiernos que tiene uno de los discursos ambientales más radicales sobre el cambio climático, pero que de todos modos falla es aplicarlos en sus propias políticas nacionales, y por ello sigue con estrategias de desarrollo que alimentan los problemas ambientales tanto nacionales como globales.

² Indicadores para el año 2014, según la base de datos cait del World Resources Institute. Ver además los análisis en el boletín Tunupa, Fundación Solón, La Paz, No 102, 2017; <https://funsolon.files.wordpress.com/2017/12/tunupa-102-final.pdf>

Es importante recordar que el presidente Evo Morales ha insistido repetidas veces en lograr un convenio mundial para proteger los derechos de la Madre Tierra, en especial en las negociaciones sobre cambio climático³. Esa postura ha sido apoyada y repetida por varias organizaciones y redes ciudadanas, especialmente desde países industrializados, pero adviértase que el acento está puesto en una escala planetaria, son los derechos de una Madre Tierra biosférica. Esto acarrea contradicciones en al menos dos frentes.

Por un lado, el mandato de protección de la Naturaleza propio de esos discursos no se respeta dentro de Bolivia, sea en el diseño de políticas como en sus ejecuciones. Se han sumado muchos reportes que denuncian el deterioro ambiental en el país, y en especial por los extractivismos orientados a las exportaciones (por ejemplo, Jiménez, 2015). Justamente el caso de la desaparición del Lago Poopo es una situación más entre varias que muestran la incapacidad para asegurar la integridad local de los ecosistemas en Bolivia. Por lo tanto, el propósito de salvaguardar los derechos de la Naturaleza no se cumple. Una situación similar ocurre en el otro país que reconoció constitucionalmente esos derechos, Ecuador, donde también se intensificó la explotación petrolera y se buscó una apertura a la megaminería.

Por otro lado, la idea de derechos de la Pacha Mama o de la Madre Tierra a escala planetaria, tal como postula el Gobierno boliviano, no tiene sentido bajo la perspectiva original de esas ideas en el mundo andino. En efecto, sea en las versiones quechua como aymara, la Pacha Mama es siempre local. Está anclada en sitios precisos y sus comunidades, y estas a su vez son agregados heterodoxos de humanos y no-humanos. Esto hace que al menos desde una mirada andina, no tiene sustento plantear una Madre Tierra planetaria. Dicho de otro modo, esas ontologías andinas se expresan en otras escalas, siempre locales o regionales (véase además a Estermann, 1998).

Incluso si se tomara esa idea disociándola de ese contexto cultural y ecológico andino, para aplicarla como una metáfora para salvaguardar todo el planeta, es obvio que es imposible proteger el ambiente global si no se lo conserva a escala local. Dicho de otro modo, la protección biosférica es una consecuencia de la conservación local.

Nos encontramos frente a un desacople entre las políticas globales y las nacionales. Esta es una situación que se ha vuelto común, y que permite que los gobiernos esgriman compromisos ambientales planetarios de todo tipo, mientras que las acciones dentro de cada país siguen atrapadas en prácticas convencionales que generan los problemas ambientales globales. Esta desvinculación también afecta a organizaciones ciudadanas e incluso a la academia, donde existen importantes sectores que tal como lo hace el Gobierno, justifican impactos ambientales en las naciones del sur como inevitables para un necesario crecimiento económico. Incluso, en otras naciones andinas se observan divisiones al interior de algunos pueblos indígenas, con sectores tanto a favor como en contra, por ejemplo, de la explotación petrolera en la Amazonia (algunas de estas posiciones se revisan en Gudynas, 2015).

Regresando a la postura de los gobiernos, si una administración que ofrece discursos radicales contra el capitalismo también queda atrapada en ese desacople, no mucho más se puede esperar de otros países que ni siquiera proclaman mayores compromisos ecológicos. Es por ello que varios de los convenios internacionales en temas ambientales, como el Acuerdo de París sobre el cambio climático, es muy débil como para resolver esa disociación, en tanto descansa en medidas voluntarias a nivel nacional sobre emisiones, pero esquiva abordar las ideas fundamentales sobre las que descansan las posturas sobre el desarrollo 4.

Ideologías políticas y variedades de desarrollo

La problemática del cambio climático permite abordar otra particularidad de la situación actual. El aumento de esos gases es una consecuencia de una amplia diversidad de estilos de desarrollo implementados desde distintas ideologías políticas. Son responsables todo tipo de regímenes en un abanico que van desde las monarquías

³Esas propuestas se originan por lo menos desde 2010; véase por una posición más reciente el discurso de Evo Morales en la cop 20 de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre cambio climático en Lima, 2014, https://unfccc.int/files/meetings/lima_dec_2014/statements/application/pdf/cop20_hls_bolivia_sp.pdf

⁴Esto se repite con todos los países. Por ello, considerando la suma de todas las Contribuciones Nacionales Determinadas comprometidas bajo el Acuerdo de París para reducir las emisiones de gases invernadero se encuentra que están apenas un poco por debajo de las actuales emisiones, y que si fueran cumplidas con éxito la temperatura media del planeta aumentará en un estimado de 3.2 oC, muy por encima de la meta de 1.5 oC o del umbral de 2 oC; véase el seguimiento en el Climate Action Tracker, <http://climateactiontracker.org/>

petroleras del Medio Oriente a las democracias liberales de la Unión Europea, desde el empuje económico promovido por el Partido Comunista de China a los progresismos sudamericanos. No existe ningún caso de un tipo de desarrollo que haya logrado con efectividad anular este problema.

Más allá de la amplia heterogeneidad en las estrategias políticas y económicas en esos países, queda en claro que se repiten componentes clave en sus modos de entender el desarrollo, desde la apuesta al crecimiento económico a la adicción a los hidrocarburos. Los acuerdos globales sobre cambio climático omiten las dinámicas económicas y políticas que generan esas alteraciones ecológicas; la economía política está ausente (Morgan, 2016).

Las evaluaciones rigurosas sobre el más reciente compromiso en cambio climático, el Acuerdo de París (aprobado en diciembre de 2015), confirman esto. Sus compromisos voluntarios son inefectivos para detener el aumento de gases invernadero, se mantiene la adhesión al crecimiento industrial, se apunta a lidiar con los riesgos en lugar de prevenir desastres, y persiste la creencia en futuras tecnologías que podrían solucionar la cuestión (Spash, 2016).

Es posible revisar los distintos modos de apropiación de los recursos naturales y las políticas ambientales bajo los distintos regímenes políticos en América Latina. Una distinción posible permite agrupar por un lado a los llamados progresismos y por otro lado a administraciones conservadoras. En el pasado reciente, el primer grupo incluyó, por ejemplo, desde la Venezuela de Hugo Chávez al gobierno del Partido de los Trabajadores en Brasil; en el segundo conjunto se contaban casos como J.M. Santos en Colombia u Ollanta Humala de Perú. Sin duda existe variedad dentro de cada conjunto, y la distinción entre ellos puede ser debatible, pero han sido los gobiernos progresistas los que se han definido a sí mismos de esa manera a pesar de su diversidad, han coordinado entre ellos, y se reconocieron distintos a otros tipos de administración (lanzaron por ejemplo los Encuentro Latinoamericanos Progresistas; véase distintas aproximaciones a esta situación en EntrePueblos, 2016).

Entre las administraciones conservadoras existe una clara vocación de apertura en inversiones y exportaciones para fomentar los extractivismos, ensayando distintos recortes sobre exigencias sociales, ambientales y territoriales. Los ejemplos más conocidos son la «locomotora minera» del gobierno de J.M. Santos en Colombia o el llamado «paquetazo ambiental» bajo Ollanta Humala en Perú. Entre los progresismos, incluso aquellos regímenes que se presentan como innovadores en sus discursos ambientalistas, de todos modos, siguieron en el desarrollismo convencional. En el caso de Bolivia, comentado arriba, tampoco es menor que Evo Morales lidera un movimiento que se define como «socialista», y que desde allí defiende lo que denomina como «desarrollo integral». Otro ejemplo ilustrativo es el discurso del entonces presidente de Uruguay, José «Pepe» Mujica, en la cumbre sobre ambiente y desarrollo Río+20 (Río de Janeiro, 2012), con distintas alusiones ambientales y una crítica al consumismo⁵. El video de su presentación ha sido reproducido millones de veces con subtítulos en muchos idiomas, pero las prácticas concretas de su gobierno fueron muy distintas a las de ese mensaje, ya que buscó debilitar la institucionalidad ambiental, reforzó los y alimentó el consumismo⁶.

Sin duda, desde el punto de vista de muchos analistas y organizaciones en distintas regiones, especialmente en el norte, es admirable la defensa de la Madre Tierra promovida por Morales o la austeridad personal de «Pepe» Mujica. Pero esos gobiernos siguen atrapados dentro de posturas que alimentan el cambio climático en tanto se basan en las mismas ideas convencionales sobre el desarrollo, especialmente el crecimiento económico mediado por la exportación de recursos naturales.

Las estrategias de desarrollo sudamericanas ejecutadas por los gobiernos progresistas son distintas de los estilos conservadores, como las de Chile, Colombia o Perú. Estos siguen prácticas y conceptos diferentes en cuestiones como la regulación del mercado, el papel del Estado en ciertos sectores, el discurso sobre la justicia social o los roles de la integración continental. Pero se mantienen los mismos elementos básicos del desarrollo. Por ejemplo,

⁵ Texto del discurso del presidente J. Mujica en Río +20: «El primer elemento del medio ambiente es la felicidad humana»; 2012, Ministerio de Relaciones Exteriores, Montevideo, <http://www.mree.gub.uy/frontend/page?1.inicio,ampliacion-actualidad,O.es,0,pag;conc;128;2;D;discurso-del-presidente-mujica-en-rio-20-el-primer-elemento-del-medio-ambientees-la-felicidad-humana-;1;pag;>

⁶ En la administración Mujica en Uruguay (2010-2015) se repitieron los intentos para acotar las políticas ambientales (incluyendo amenazas con desmembrar el Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente), apoyó la exploración de hidrocarburos y la promovió un proyecto de megaminería a cielo abierto de hierro (que finalmente fracasó), promovió los transgénicos, y se expandieron los centros comerciales.

bajo el Partido de los Trabajadores, la proporción de bienes primarios en las exportaciones de Brasil pasó de 48.2% en 2003 a 61.9% en 2015; mientras que Colombia, entre esos mismos años se elevó desde 64% a 75.8 % (con picos del 82%)⁷. Estos dos países, bajo regímenes políticos muy distintos, muestran una tendencia que se repite en toda América Latina: la primarización de las exportaciones. Incluso, como se señaló al inicio de esta sección, cuando se comparan grandes tipos de desarrollo, como los capitalismo europeos contra el comunismo de mercado de China, se advierten las diferencias, pero también hay que reconocer las coincidencias.

Es por estas razones que nos encontramos ante *variedades* de desarrollo, las que exhiben diferencias entre sí, pero comparten un mismo basamento. Este concepto se presenta en Gudynas, 2016b, y a su vez está inspirado en la idea de variedades de capitalismo originada en Hall y Soskice (2001), incorporando revisiones como las de Becker (2009). Se parte de entender que no existe un único tipo de desarrollo, sino que este se organiza en diferentes estilos o estrategias, y que, superando descripciones mecanicistas y agrupamientos rígidos, esa diversidad comparte ciertos conceptos, prácticas y sensibilidades. El desarrollo es plural, pero entre esas ideas y sensibilidades compartidas se encuentran la fe en el progreso, la disociación de la Naturaleza con la Naturaleza y su mercantilización, éticas antropocéntricas y androcéntricas, pretensiones de universalismo, y una historia que se la entiende como lineal. Desde allí se derivan objetivos como el crecimiento económico, la adicción a la explotación de los recursos naturales o el consumismo material, las que se instrumentalizan de diferente manera según cada variedad. Cualquiera de estos atributos aparece en los manuales sobre desarrollo (por ejemplo, Cypher y Dietz, 2009).

Bajo la categoría de variedades de desarrollo se abordan tanto sus expresiones capitalistas o socialistas, y que desde la perspectiva que aquí se sigue son distintos modos de aprovechar los recursos naturales para sostener un desarrollo que se entiende como crecimiento económico, y cuyos beneficios y perjuicios se disputan de distintas formas. Como esos cimientos son muy profundos, y están ubicados a un nivel previo a las ideologías político-partidarias, resultan en sostener tanto las opciones de desarrollo que se identifican como capitalistas como por aquellas englobadas como socialismos.

Esto permite entender las razones por las cuales los cambios político-partidarios no logran ir más allá de los desarrollos convencionales y la persistencia de problemas como el cambio climático, las desigualdades globales, la pobreza persistente, etc. Las negociaciones de convenios internacionales en temas clave como ambiente, comercio o pobreza, terminan discutiendo entre variedades de desarrollo, asumiéndose que bastan cambios en las aplicaciones e instrumentalizaciones para lograr soluciones.

De alguna manera, los que están inmersos en una variedad de desarrollo y reconocen sus efectos negativos, consideran que la solución se encontraría en otro tipo de desarrollo. Por ejemplo, muchos activistas que están en países bajo gobiernos conservadores, como pueden ser Chile, Perú o Colombia, creen que será suficiente un cambio político hacia un gobierno progresista, como los que tuvieron en su momento Ecuador o Bolivia, que representarían una alternativa que solucionaría problemas como los de los extractivismos. Incluso hay grupos en América Latina que entienden que la alternativa consiste en romper con el capitalismo para pasar a otro tipo de desarrollo que conciben como socialista, y que ello brindará soluciones sustantivas; a la inversa, en Europa del Este, al tiempo del desplome soviético, distintos movimientos ciudadanos apostaban por la inversa, una transición desde el socialismo al capitalismo.

Esto sirve para advertir que al menos en el campo de las ideologías políticas, y todo lo que ellas sostienen, sean de la tienda que sean, comparten aquellas ideas básicas y profundamente arraigadas sobre el desarrollo.

Información científica y cambio político

Se podría plantear que un modo de superar los límites de las ideologías político-partidarias que tienen esas bases compartidas consistiría en apelar a la ciencia. Estas aspiraciones son comunes, e implican asumir que la ciencia brindaría información objetiva y certera que podría romper el cerco de las ideologías.

Volviendo al caso del cambio climático, es muy frecuente que se insista en la acumulación de evidencia científica, asumiéndose que en algún momento ello rompería las resistencias políticas como las descritas arriba. Es evidente que se cuenta con un enorme acervo de información científica sobre los cambios en el clima, sus causas y sus posibles efectos. El foro académico más importante se encuentra en el Panel Internacional Cambio Climático (IPCC por sus siglas en inglés), desde donde los expertos presentan sus resultados en consenso (aunque

⁷Datos basados en la base de datos estadísticos cepalstat de Cepal; <http://estadisticas.cepal.org/cepalstat/Portada.html>

incluso allí hay una participación de actores políticos desde los Estados). Los reportes del IPCC son esenciales en esta discusión, y los resultados de su última entrega son de enorme gravedad, requiriendo respuestas gubernamentales urgentes y con transformaciones radicales tanto en los usos de los hidrocarburos como en el manejo de tierras. En paralelo, el grupo de escépticos que niega la responsabilidad humana es minúsculo y repetidamente se ha demostrado que muchos están vinculados a empresas (especialmente petroleras).

Entonces, el cambio climático es uno de los temas que cuenta con sustantivos respaldos científicos que reclaman cambios radicales en el desarrollo, como puede ser abandonar el petróleo. Sin embargo, nada de eso está ocurriendo. La distancia que hay entre los llamados del IPCC y las acciones concretas de los gobiernos es alarmante.

Situaciones similares ocurren con otras cuestiones como la crisis de pérdida de biodiversidad, la persistencia de la pobreza, los límites de la agricultura artificializada, el poder desmedido de actores financieros, etc. En estos y otros temas existe evidencia científica incontestable de efectos negativos y reclamos de alternativas sustanciales. Pero en ninguno de estos casos se logran modificar esas bases profundas del desarrollo.

Estamos observando que la acumulación de información científica no resulta necesariamente en cambios políticos que resuelvan problemas de fondo. La ciencia y la técnica también quedan atrapadas dentro del campo del desarrollo, donde su rol dominante está en alimentar los debates entre las distintas variedades de éste.

En esta dinámica operan varios factores en distintos niveles, y es apropiado señalar algunos de ellos en la presente discusión. En un primer escalón, se encuentra la propia diversidad académica. El consenso en temas como el cambio climático es sustantivo, pero no existen unanimidades, y eso es comprensible ya que esa cualidad está en la esencia de la investigación. En otras cuestiones derivadas o asociadas, como pueden ser desde las prácticas agropecuarias a los instrumentos para reducir la pobreza, la diversidad de posturas es mayor. Entonces, los que defienden el desarrollo convencional siempre pueden encontrar un reporte técnico o algún catedrático que los apoye y asumir que existirá una variedad que no contaminará ni depredará. Pero más allá de esto, en la academia también se defiende y reproduce el desarrollo convencional, y entonces desde otras disciplinas, como la economía convencional, se generan argumentos para blindar estrategias como el crecimiento económico.

En un segundo escalón se ubican los actores responsables en diseñar políticas y estrategias, tales como los líderes en partidos políticos o funcionarios estatales clave, también muy activos en reproducir las creencias sobre el desarrollo. Muchos de ellos tampoco aceptan, comprenden o incluso toleran informaciones que muestran los impactos negativos de las estrategias que implementan. Cuando esos efectos son abordados es común que los consideren como consecuencias indeseables producto de malas aplicaciones de planes de acción, pero que desaparecerán llevando adelante una nueva variedad de desarrollo.

En un tercer nivel, buena parte de la población aborda estas cuestiones en forma limitada o intermitente, y comprensiblemente está más preocupada por sus problemas cotidianos. Además, están bombardeados por mensajes sobre las bondades del desarrollo, disfrutan del consumismo, confían en la academia que les dice que habría soluciones en el futuro, y no desean perder privilegios. Por ello, siguiendo con el caso del cambio climático, la cuestión es abordada solamente por algunos grupos de activistas muy informados.

Las formas de analizar, debatir y decidir al interior de cada uno de esos ámbitos son diferentes; y a su vez hay distintas superposiciones entre ellos, ya que, por ejemplo, los decisores políticos en algún momento responden a las demandas ciudadanas. Los promotores de los desarrollos convencionales, en tanto comparten ideas básicas, alimentan discursos, acciones y publicidades que cotidianamente llegan a buena parte de la población, y repetidamente desactivan los reclamos por cambios radicales.

La evidencia disponible confirma estas situaciones. Por ejemplo, los artículos científicos publicados en revistas académicas corrientemente no son leídos por el público en general, y por ello tienen pequeños efectos sobre la opinión ciudadana (véase como ejemplo a Brulle et al., 2012 para los Estados Unidos). La situación es seguramente más precaria en América Latina ya que buena parte de esos artículos están en inglés, lo que representa una barrera infranqueable para muchos. En cambio, cuando ese tipo de informaciones se canaliza en revistas de divulgación, diarios u otros medios, logran tener un efecto un poco mayor en el debate político (Cook et al., 2013). Una vez más, la situación latinoamericana es más grave ya que en nuestras revistas o periódicos muchas veces hay artículos de divulgación que son traducciones de lo que se publica en inglés, y no siempre se aprovechan los aportes de nuestros propios científicos. Esto deja en evidencia algunas limitaciones ya que es

bien conocido que la vida académica tradicional en América Latina se enfoca en publicar en revistas científicas, usualmente en inglés, y desestima otros formatos e idiomas.

Esto desemboca una heterogénea situación sobre la aceptación ciudadana del cambio climático. Un caso extremo es Ecuador, donde un 55% de personas encuestadas considera que no existe el problema del cambio climático; el nivel más alto en el continente según en Latinobarómetro (2017). Le sigue República Dominicana (51%) y varias naciones centroamericanas con valores entre 41 y 43%. El promedio continental es 32%, próximo a los registros en Bolivia y Venezuela. En cambio, los más altos niveles de reconocimientos están en el Cono sur: Uruguay con 89% de aceptación, seguido por Paraguay, Argentina y Brasil (Latinobarómetro, 2017). De todos modos, entre quienes reconocen el problema hay un consenso mucho más alto en indicar que la responsabilidad es de los humanos (83% promedio continental) y en que debe ser enfrentado sin importar las consecuencias negativas sobre el crecimiento económico (71% promedio continental) (todos los datos son de Latinobarómetro, 2017).

Sobre este contexto se inserta la información científica. La evidencia y análisis sobre las consecuencias negativas del cambio climático es abrumadora, los reclamos sobre la necesidad de acciones urgentes se suman, y se llega así al consenso de imponer moratorias para extraer y quemar nuevos hidrocarburos para evitar aumentos que pongan en riesgo a la biósfera. En la comunidad académica se considera que para evitar que la temperatura media del planeta aumente más de 1,5 oC, lo que otorgaría márgenes adecuados para evitar un colapso ambiental planetario, es necesario imponer un límite a las emisiones totales de carbono en el presente siglo. La evidencia muestra que siguiendo las tasas actuales de emisiones de gases se alcanzaría ese techo entre 4 a 20 años. Si la meta se coloca en 2 oC se puede ganar un poco más de tiempo; se estima que enfrentaremos ese tope hacia el año 2045. Hay diferencias en los cálculos de acuerdo a como se evalúa la dinámica planetaria del carbono, pero más allá de ello, el consenso es que deben iniciarse reducciones sustantivas en las emisiones hoy mismo, y que ellas deben apuntar a cero para mediados del siglo 21. O sea que la academia le indica al mundo político y a la ciudadanía que se deben aplicar moratorias a la exploración petrolera y que buena parte de los yacimientos de hidrocarburos remanentes no deberían ser explotados ni quemados.

Pero nada de esto logra alterar significativamente las estrategias nacionales de desarrollo adictas a los hidrocarburos. Por el contrario, los gobiernos de Venezuela, Brasil, Ecuador, Argentina y Bolivia buscan reforzar sus explotaciones petroleras, y otros que no son petroleros, tienen programas activos de prospección, como Uruguay. El caso boliviano es particularmente grave, ya que el Gobierno está subsidiando económicamente esa expansión y ha liberado a la exploración las áreas protegidas y territorios indígenas (Campanini, 2015; Jiménez, 2015); una vez más los derechos de la Pachamama quedan en suspenso para atender al sector petrolero.

Un cuadrilema de imposibilidad en la globalización

Otra perspectiva provechosa para examinar las disputas y acuerdos entre variedades de desarrollo también ocurre en el campo de la globalización. Es apropiado rescatar el llamado «trilema» de la globalización presentado por el economista Dani Rodrik (2007). Su análisis parte de señalar que actualmente hay un sentido común que acepta que hay tres objetivos clave en el desarrollo que supuestamente pueden ser alcanzados simultáneamente. Son la democracia, la soberanía de los Estado-nación y la globalización. Es más, los defensores de la globalización sostienen que esta es un medio para lograr aquellas otras dos metas. Rodrik, en cambio, muestra que no es posible lograr esas tres condiciones simultáneamente, y que para avanzar en dos de ellas siempre se termina violando una tercera. Por ejemplo, cuando se recorre el sendero de la globalización esto implicará sea aceptar restricciones sobre la soberanía de los países (por ejemplo, aceptando condiciones de los acuerdos de comercio global) o sobre la democracia (véase además a Rodrik, 2011). Ese trilema de la globalización se organiza de diferentes maneras bajo las distintas variedades de desarrollo. Por ejemplo, algunos priorizan la inserción global comercial sobre la soberanía o la democracia. Rodrik analiza el programa de liberalización comercial en Argentina que promovió el ministro de Economía Domingo Cavallo, bajo la presidencia de Carlos Menem (entre 1991 y 1996), y en un nuevo intento, con el gobierno de Fernando de la Rúa (2001), todo lo que finalmente concluyó en una dura crisis en ese país. A su juicio toda esa dinámica muestra una «verdad central»: la democracia nacional y la profundización global son incompatibles (Rodrik, 2011: 188). Los requerimientos de la hiperglobalización son tan extremos que imponen medidas o estrategias que limitan seriamente las capacidades en escoger democráticamente entre múltiples opciones. En ese choque, Rodrik lista casos ilustrativos referidos a los estándares laborales, regímenes tributarios sobre las empresas, normas sanitarias, planes para la promover industrias nacionales; a esas situaciones se puede agregar que la globalización también sirve para debilitar

s Véase la información y acceso a documento en Global Carbon Project en <http://www.globalcarbonproject.org>

las normas ambientales nacionales o en aplicar derechos de propiedad intelectual sobre la biodiversidad. Por una vía o por otra, en algún momento queda en claro que no se pueden cumplir los tres propósitos a la vez, y los que defienden la hiperglobalización casi siempre optan por excluir componentes esenciales de la democracia.

El problema es que ese abordaje de Rodrik y otros análogos en el campo de la globalización y el desarrollo olvidan un elemento clave: la dimensión ambiental. El desarrollo siempre depende de un contexto ecológico, comenzando por reconocer que allí está la provisión de materias primas. Pero si ello se minimiza, el ejemplo del cambio climático que viene siendo aprovechado en este capítulo, obliga a recordarlo una y otra vez. Al sumar la dimensión ambiental el trilema se convierte en un cuadrilema. Los cuatro componentes son la globalización (especialmente en sus expresiones financieras y comerciales), la soberanía de los Estados en la arena internacional, la democracia dentro de cada país y la conservación del patrimonio ambiental, tanto nacional como global (Figura 1).

Buena parte de las perspectivas convencionales se aproximan a la temática ambiental, pero no logran incorporarla adecuadamente. Rodrik (2011), que defiende una mundialización mucho más regularizada, admite que lo que denomina como «comunes globales» y el cambio climático tienen una enorme importancia, pero no logra dar el siguiente paso en incorporarlos realmente en sus análisis.

Es interesante advertir que toda esta problemática estuvo presente en la negociación ambiental global del Acuerdo de París sobre cambio climático. Considérese que una agenda que efectivamente apunte a detener el cambio climático debería incluir medidas como una moratoria en la exploración y extracción de hidrocarburos o severas restricciones para proteger los bosques, de manera de mantener las emisiones de gases invernadero dentro de márgenes de seguridad climática. Esto generaría conflictos con los otros componentes, por ejemplo, los países exportadores de petróleo invocarían su soberanía para continuar sus exportaciones, mientras que no debería sorprender que algunas naciones industrializadas también se escuden en la soberanía para no rebajar sus estilos de vida basados en un alto consumo energético. De la misma manera, si se siguen los preceptos de la globalización sin duda se imponen restricciones sobre la democracia, tales como aceptar regímenes judiciales extraterritoriales o ideas como las de los «derechos» de los inversores (véanse los ensayos en Gills et al., 1993, como ejemplos tempranos).

Este cuadrilema descansa sobre el patrimonio ambiental, y por ello es una pirámide invertida, con su vértice en la base. Cualquier opción de desarrollo depende del acervo de recursos naturales y de las capacidades en poder lidiar con los impactos ecológicos. Esto impone todo tipo de tensiones y contradicciones con el desarrollo que han sido identificadas desde hace tiempo. En efecto, las economías son solamente un subsistema dentro de la biósfera, y por lo tanto están limitadas a esta (como indicaron los ahora estudios clásicos de Herman Daly; véase Daly y Farley, 2004). Esa condición impone límites al crecimiento y no se lo puede sostener para siempre, lo que es conocido por lo menos desde la década de 1970 (ver por ejemplo actualización en Meadows et al., 2004). El desarrollo es como un edificio que descansa sobre un vértice ecológico, y por ello es muy inestable.

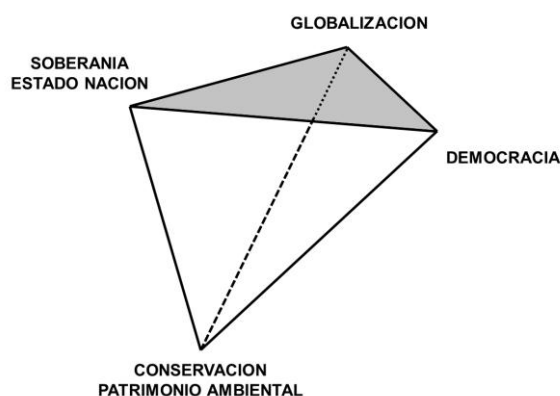


Figura 1. Diagrama del cuadrilema en los debates internacionales entre la globalización, la soberanía del Estado-nación, democracia y la conservación del patrimonio ambiental (que es la base que sostiene todo el andamiaje).

Al introducir el componente ambiental, queda en evidencia que el cuadrilema no tiene solución posible desde el desarrollo convencional, por más que repetidamente se postule que eso es posible. Si se buscan alcanzar metas

en una o más dimensiones, rápidamente aparecen oposiciones o contradicciones con al menos otra de ellas. Por ejemplo, el imperativo de proteger el patrimonio natural puede ser cuestionado desde aquellos que consideren que traba la inserción global (por ejemplo, afectando el flujo de capitales al imponerle condiciones de desempeño ambiental) o que limitará la soberanía del estado nación (como puede ocurrir con las reglas globales de emisiones).

De hecho, esas contradicciones asoman repetidamente en el caso boliviano que viene siendo analizado en este capítulo. Se puede ilustrar el asunto recurriendo a las explicaciones del vicepresidente Alvaro García Linera, cuando afirma que las demandas de protección de la naturaleza son parte de un «discurso ambientalista imperial» y de la «derecha internacional»⁹. Dando un paso más, su antimperialismo se convierte en justificación de cualquier uso de los recursos naturales, y el país no tiene más remedio que ser extractivista en tanto es parte de un entramado capitalista global. Son posturas donde los impactos ambientales son negados o esquivados invocando la soberanía nacional y como costo inevitable del desarrollo; las críticas o advertencias serían automáticamente expresión de intereses imperialistas. Desde otra postura ideológica, en Perú los que advierten sobre impactos de los extractivismos son acusados de representar a la extrema izquierda, ser ignorantes y radicales, y que en ello detienen las inversiones e impiden el crecimiento económico (véase por ejemplo a Silva Santisteban, 2016 para el caso Perú).

Sea por una vía o por otra, las resistencias ciudadanas son acalladas o combatidas, con lo cual se deteriora al vértice democrático. La consecuencia concreta es que se profundiza el extractivismo y como los productos obtenidos son todos vendidos en los mercados globales, casi siempre por empresas transnacionales, la nación se hace todavía más dependiente de la globalización. Es decir, que el vértice de la globalización termina imponiéndose sobre los otros, más allá de los discursos.

Como puede verse en ese caso como en otros, a pesar de toda la evidencia científica sobre los impactos de ese tipo de apropiación de la naturaleza, de las incertidumbres sobre su real desempeño económico, y de las protestas ciudadanas, se sigue apostando a alguna variedad de desarrollo que requiere del crecimiento económico, y la globalización es un ingrediente necesario. Hay entusiastas de la globalización que admiten que podría haber efectos negativos, como Bhagwati (2004), pero entienden que una correcta administración convertirá a la inserción mundial en una de las más positivas fuerzas de cambio para el bien de la humanidad. Otros, son mucho más críticos de la globalización, como por ejemplo Joseph Stiglitz (2002), con sus cuestionamientos contra la globalización financiarizada o el FMI, pero no está en contra del desarrollo capitalista ni busca alternativas a éste. Eso se expresa en su insistencia en hacer «funcionar» la globalización para alcanzar la «promesa» del desarrollo (Stiglitz, 2006). Rodrik (2011) a su turno apunta hacia una globalización más moderada e inteligente, que se acompase con la democracia y la soberanía sin caer en los extremos hiperglobalizantes (una «smart globalization» dentro de lo que denomina como «capitalismo 3.0»; Rodrik, 2011). Casi todas las críticas a la globalización de esos y otros autores son compartidas, y de hecho son repetidas por muchas organizaciones ciudadanas, pero sus alternativas apuntan a una mundialización bajo un desarrollismo de mercado, aunque más benevolente. Sin duda también tiene lugar enfrentamientos ante la mundialización (incluyendo reacciones contra la globalización; véase por ejemplo a Munck, 2007), pero casi siempre estas reflejan las disputas entre variedades de desarrollo.

Se refuerzan posturas que insisten en que no hay opciones más allá del desarrollo y que las opciones de cambio están en volver a buscar una nueva variedad de aquel. Es el basamento profundo del desarrollo el que provee una estructura y dinámica de creencias y sensibilidades que mantiene, reproduce y protege conceptos tales como crecimiento económico o el bienestar material, todos ellos complementarios entre sí y que podrían alcanzarse simultáneamente. A la vez, esa misma estructura oculta las contradicciones o minimiza sus impactos negativos, y cuando estos son demasiado evidentes, son entendidos como una mala aplicación de una estrategia de desarrollo, como si fueran epifenómenos accidentales. La consecuencia es que se discute entre opciones de desarrollo, pero no se está dispuesto a debatir otras opciones más allá de los desarrollos. Ese estado de cosas no solo es alimentado por los gobiernos, sino que actores como las empresas transnacionales y, otra vez, buena parte de la academia, enaltecen dinámicas como el libre flujo de capitales o los extractivismos sobre recursos naturales, invisibilizan sus impactos y actúan en contra de los intentos de regularlos (véase por ejemplo a Carroll, 2010).

⁹ Véase por ejemplo, la carta pública de A. García Linera del 18 agosto 2015, en: <https://www.alainet.org/es/articulo/171823>. Esa nota era una respuesta a una carta abierta firmada por una larga lista de intelectuales y activistas de todo el mundo que alertaban sobre las acusaciones y amenazas de expulsión del país dada por García Linera contra organizaciones ambientalistas muy conocidas por su defensa del patrimonio natural y de las comunidades indígenas.

Bajo esa dinámica, no se reconoce fácilmente este cuadrilema u otras contradicciones análogas. Las negociaciones internacionales en asuntos como cambio climático, comercio global, e incluso los objetivos de Naciones Unidas sobre desarrollo sostenible, todo ellos están basadas en esa creencia de poder lograr todas las metas del cuadrilema simultáneamente.

Esta dinámica genera otra consecuencia, ya que entorpece o anula otros tipos de alternativas, en tanto son inaceptables e incluso impensables las opciones más allá de cualquier tipo de desarrollo. Esto genera una dificultad enorme ya que es justamente ese tipo de alternativas las que las problemáticas globales reclaman. Esta condición ha sido señalada de distintas maneras, tal como advertir que el desarrollo se comporta como una fe religiosa (al estilo de Rist, 2002), y por ello no importa que se acumulen evidencias en su contra, ya que de todos modos se sigue creyendo en este.

Esto hace que el cuadrilema aquí planteado no puede ser resuelto por ningún tipo de desarrollo. Las resoluciones están en romper con los cimientos que sostienen, por ejemplo, esas equivalencias que entienden que soberanía y globalización son análogos y están ubicados en un mismo plano. Es necesario, por lo tanto, alternativas que están por fuera del desarrollo.

Alternativas más allá del desarrollo

En América Latina, las disputas sobre el desarrollo son muy evidentes y en las últimas dos décadas se han intensificado una vez más. Esas discusiones han tenido lugar allí donde prevalecen posiciones conservadoras que descansan en capitales transnacionales, como en Perú, como bajo el autodenominado socialismo del siglo xxi en Venezuela. Tanto viejos como nuevos movimientos sociales participan activamente en las polémicas, donde es frecuente que por ejemplo los sindicatos apoyen un desarrollismo con fuerte participación estatal, mientras que muchos en las organizaciones campesinas o indígenas critiquen al desarrollo. Pero más allá de las diferencias entre estrategias, sean en las prácticas como en sus conceptos, de todos modos, se comparten ideas comunes, tal como se comentó más arriba. En primer lugar, si bien hay una amplia diversidad de discursos en foros internacionales, algunos de ellos con críticas radicales por ejemplo al capitalismo, en las estrategias internas nacionales los gobiernos son mucho más convencionales, las diferencias se reducen y los estilos seguidos se asemejan.

Un segundo asunto es que más allá de las distintas posiciones se advierte que persiste un núcleo básico de ideas y sensibilidades sobre el desarrollo que es previo a todo el espectro de ideologías políticas, y que a la vez lo sustenta. En América del Sur esto se ha vuelto muy evidente, ya que se repitieron condiciones como los extractivismos, la obsesión exportadora y la promoción del consumismo, desde las más diversas orientaciones ideológicas.

La región siguió siendo una gran proveedora de recursos naturales hacia la globalización, ensayándose distintas formas de organizar, por ejemplo, los extractivismos, y se apela a diferentes justificaciones, pero se repite el mismo patrón de intensa explotación de la Naturaleza, exportaciones primarizadas, y conflictos con comunidades locales. De esta manera, persiste una inserción global donde el sostenimiento del consumo en materia y energía de los países industrializados descansa en un comercio económica y socialmente desigual con América Latina y el resto del Sur global. Esto ha hecho que precisamente desde América del Sur se potenciaran análisis críticos más radicales frente a las variedades de desarrollo.

En tercer lugar, la información científica es una contribución fundamental para advertir problemas y riesgos, pero ha desempeñado papeles mucho más modestos en transformar las estrategias de desarrollo. La discusión sobre el cambio climático es un ejemplo claro de estas condiciones.

Un cuarto aspecto reside en comprender que los abordajes sobre la globalización plantean metas que no pueden ser alcanzadas todas a la vez, mientras que se sigue sin atender la base ecológica en la que descansa. Prevalece una ignorancia ecológica sustantiva en muchas disciplinas y persisten barreras en abordajes multi y transdisciplinarios que articulen un pensamiento ambiental.

Por todo esto, nos encontramos ante variedades de desarrollo, entendidas como distintas expresiones, organizaciones y arreglos instrumentales de un conjunto de conceptos y sensibilidades sobre el desarrollo y el progreso que están profundamente arraigados. Los debates y enfrentamientos existen, pero incluso entre muchos de aquellos que parecen más radicales, de todos modos, no logran abandonar esas posturas compartidas. Estas se ubican en un nivel previo a las ideologías políticas, y por ello son muy resistentes a las interpelaciones académicas o ciudadanas.

En algunas ocasiones hay corrientes críticas, sean políticas como académicas, que logran golpear con mucha intensidad a alguna de las variedades dominantes sobre el desarrollo. Entonces se genera una ruptura que lleva a un tránsito a una nueva variedad, la que supuestamente podrá reparar o solucionar los inconvenientes de la versión anterior.

Un muy conocido proceso de este tipo ocurrió con los grandes cuestionamientos ambientales contra el desarrollo como crecimiento económico en la década de 1970, que, si bien parecía que desencadenaría unos cambios radicales, finalmente derivó hacia distintas versiones oficiosas de «desarrollo sostenible». Todas ellas buscan acompañar medidas ecológicas con el crecimiento económico, y por ello se volvieron funcionales a los desarrollos convencionales (Gudynas, 2016b). Es por ello que esas posturas, ahora convencionales sobre la sustentabilidad, no han logrado resolver realmente los problemas de la crisis ambiental (el cambio climático es un claro fracaso), y se extiende la desconformidad con ellas. Ahora está en marcha otra potente disputa en América del Sur, en este caso disparada por las críticas iniciales de las posiciones englobadas bajo el «Buen Vivir», en este caso al interior de los países bajo gobiernos progresistas.

Todas estas situaciones muestran la prevalencia del desarrollo. En efecto, en «cualquier lugar del mundo actual lo que divide a la izquierda y la derecha sin importar cómo se le defina, no es desarrollarse o no desarrollarse, sino cuáles políticas se presume ofrecen más esperanzas de alcanzar ese objetivo» del desarrollo, como advierte Wallerstein (1998: 115). Esta dinámica se ha vuelto muy clara en América Latina, y posiblemente en el agotamiento de los llamados gobiernos progresistas, por ejemplo, el liderazgo por el Partido de los Trabajadores en Brasil o el kirchnerismo en Argentina, actuó esa convergencia hacia estrategias de desarrollo que para muchos analistas y votantes terminaban siendo similares a las propuestas por partidos conservadores. Todos los países, no solo los latinoamericanos, se encuentran dentro de la misma economía-mundo (en el sentido de Wallerstein, 2005), basada en esas creencias sobre el desarrollo.

El cuadrilema presentado arriba no se puede resolver desde ninguna de las variedades de desarrollo convencional. Las distintas variedades de desarrollo ofrecen la ilusión de una solución, aunque no es posible. Si se desea enfrentar verdaderamente el cambio climático, la crisis en biodiversidad, la pobreza en el sur, las inequidades en los flujos y control del capital, y otros problemas de esos calibres, es indispensable alcanzar esas raíces profundas que sostienen al desarrollo y buscar alternativas a este. Esto exige ciertas rupturas con atributos tales como la dualidad sociedad-naturaleza o la prosecución del crecimiento económico, cuestiones que no aparecen ni el trilema ni en el cuadrilema. En cambio, si se siguen buscando variedades de desarrollo ancladas en ese marco, está claro que no se actúa sobre las causas profundas ni se podrán generar alternativas sustantivas, y con ello se perderá tiempo y se agravarán un poco más todos esos problemas.

Existen múltiples iniciativas de ese tipo, que pueden ser reconocidas como alternativas a cualquier de las variedades de desarrollo. A modo de ejemplo, en América Latina se pueden señalar a los nuevos derechos de la Naturaleza aprobados en Ecuador, propuestas de moratoria petrolera o el programa del «Buen Vivir» en su sentido original andino. Las iniciativas de esta clase atacan esas bases profundas, tales como las formas de asignar valor o la dualidad con el entorno. Por esto proponen transitar a otras opciones más allá del capitalismo y también del socialismo.

Esto no significa rechazar a todos los componentes del desarrollo, ya que habrá muchos de ellos que pueden ser identificados como positivos y se los podría utilizar en otros contextos y diferentes políticas. Tampoco implica abandonar a la ciencia, sino que por el contrario serán más necesarios los estudios los estudios transdisciplinarios, donde por ejemplo se mezclan disciplinas ambientales y sociales, y vincularlas más directamente a las necesidades y debates propios de cada país. Todo esto requiere un esfuerzo más decidido y demandante que aquel que lidia con las variedades de desarrollo. Esta nueva tarea es pensar o soñar alternativas más allá de los convencionalismos, imaginar lo impensable, y hacerlo bajo nuevos vínculos con los saberes y tradiciones, y los debates políticos ciudadanos.

Bibliografía

- Becker, U. *Open varieties of capitalism. Continuity, change and performances*. New York: Palgrave MacMillan, 2009.
- Bhagwati, J. *In defense of globalization*. New York: Oxford University Press, 2004.
- Brulle, R. J., Carmichael, J., y Jenkins. J. C. «Shifting public opinion on climate change: An empirical assessment of factors influencing concern over climate change in the U.S.», 2002-2010. *Climate Change*, 114(2), 169-188, 2012.
- Campanini T., J. «Hacia la consolidación de la Amazonía petrolera». *Petropess*, CEDIB, Cochabamba, 35, 27-29, 2015.

- Carroll, W. K. *The making of a transnational capitalist class: corporate power in the 21st century*. Londres: Zed, 2010.
- Cook, J.; Nuccitelli, D., Green, S. A., Richardson, M., Winkler, B., Painting, R., Skuce, A. «Quantifying the consensus on anthropogenic global warming in the scientific literature». *Environmental Research Letters*, 8(2): 024024 (7 pp), 2013.
- Cypher, J. M. y Dietz, J. L. *The process of economic development*. 3ª edición. New York: Routledge, 2009.
- Daly, H. E. y Farley, J. *Ecological economics. Principles and applications*. Washington: Island Press, 2011.
- EntrePueblos (eds.). *Rescatar la esperanza. Más allá del neoliberalismo y el progresismo*. Barcelona: Entre Pueblos, 2016.
- Estermann, J. *Filosofía andina: Estudio intercultural de la sabiduría andina*. Quito: AbyaYala, 1998.
- Gills, B.; Rocamora, J. y Wilson, R. (eds.). *Low intensity democracy: Political power in the new world order*. Londres: Pluto, 1993.
- Gudynas, E. *Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la Naturaleza*. Cochabamba: CEDIB y CLAES, 2015.
- Gudynas, E. «Climate change, the quadrilemma of globalization, and other politically incorrect reactions». *Globalizations*, 13 (6), 938-942, 2016b.
- Gudynas, E. «Beyond varieties of development: disputes and alternatives». *Third World Quarterly*, 37(4), 721-732, 2016b.
- Hall, P.A. y Soskice, D. «An introduction to varieties of capitalism», pp 1-68. *Varieties of capitalism. The institutional foundations of comparative advantage* (P.A. Hall y D. Soskice, eds.). Oxford: Oxford University Press, 2001.
- Howard, B. C. (2016). Bolivia's second largest lake has dried out. Can it be saved? *National Geographic*, enero 21. Web <http://news.nationalgeographic.com/2016/01/160121-lake-poopo-bolivia-dried-out-el-nino-climatechangewater/>
- Jiménez, G. «Geografía del extractivismo en Bolivia: territorios en sacrificio». *Petropress*. Cochabamba: CEDIB, 35, 4-21, 2015.
- Latinobarómetro. *Informe 2017*. Santiago de Chile: Corporación Latinobarómetro, 2017.
- Meadows, D.; Randers, J. y Meadows, D. *Limits to growth. The 30-year update*. Chelsea Green, White River Junction, 2004.
- Morgan, J. «Paris cop 21: Power that speaks the truth?» *Globalizations*, 13(6), 943-951, 2016.
- Munck, R. *Globalization and contestation. The new great counter-movement*. Londres: Routledge, 2007.
- Rist, G. *El desarrollo: historia de una creencia occidental*. Madrid: Catarata, 2002.
- Rodrik, D. (2007). The inescapable trilemma of the world economy. Dani Rodrik's weblog, junio 27. Web http://rodrik.typepad.com/dani_rodriks_weblog/2007/06/the-inescapable.html
- Rodrik, D. *The globalization paradox*. New York, Norton, 2011.
- Silva Santisteban, R. «Perros y antimineros: discursos extractivistas y prácticas represivas en el Perú». *Tabula Rasa*, 24, 79-104, 2016.
- Spash, C. L. «This Changes Nothing: The Paris Agreement to Ignore Reality». *Globalizations*, 13(6), 928-933, 2016.
- Stiglitz, J.E. *Globalization and its discontents*. New York: Norton, 2002.
- Stiglitz, J.E. *Making globalization work*. New York: Norton, 2006.
- Wallerstein, I. *Impensar las ciencias sociales*. México: Siglo XXI, 1998.
- Wallerstein, I. *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. México: Siglo XXI, 2005.